

mente, tiernamente como á la niña, y le dijo con dulzura:

—Hijo mío, tú desde hoy serás mi amigo, mi compañía constante: ¿verdad?

—Sí, abuelo mío. Déjame ir contigo á tu alca-ba y ayudaré á desnudarte.

—Sí; vamos, vamos.

Y el anciano salió de la estancia apoyado en el hombro de su nieto; pero don Lorenzo se detuvo en la puerta y dijo al capellán y á Cecilia:

—Mañana almorzarán aquí conmigo.

—¿Quién, señor?—preguntó Francisco.

—Los niños y don Pablo y Cecilia...

—Está bien, señor.

—Y manda que el almuerzo sea espléndido: he vuelto á encontrar á mis nietos que se habían muerto y estaban en el cielo. Cecilia, rogando á Dios con su canto celestial, ha conseguido que me los enviara de nuevo, y ahora ya no me dejarán hasta que yo me muera.

VIII

El grandioso hotel del Duque de Medellín aparecía suntuoso y decorado de nuevo, revelando desde la escalinata de mármol los tesoros de lujo y de buen gusto que encerraba; terminaba la escalinata en un peristilo sostenido por columnas, y en el fondo se paseaban dos criados vestidos de negro, con esa prosopopeya inherente á los criados de las casas opulentas, sobre los cuales parece que refleja la trabajosa ociosidad de sus amos.

Cuatro meses han pasado desde la noche en que don Lorenzo Valenzuela, libre ya de las sombras de la demencia, sombras que se habían ido aclarando desde la llegada de Cecilia, pudo reconocer y abrazar á sus nietos. ¡Qué dulce prosecución desde entonces de horas radiosas! ¡Qué felicidad se anidaba en el alma melancólica de Gonzalo y en el alma inocente de su hermanal! Todo el tesoro de amor y de ternura escondido en el corazón de aquellos niños aparecía dedicado á su abuelo, al único ser que les quedaba en el mundo como protector de una adolescencia que empezaba para ellos, y que hubiera sido tan infeliz sin él como lo fuera su desvalida infancia.

En un año los niños estaban desconocidos. Gonzalo se acercaba á los catorce, y estaba matriculado en la Universidad de Sevilla, donde estudiaba Derecho. Su estatura era ya la de un hombre; pálido y moreno, sus negros ojos nada habían perdido de la triste dulzura que animaba los de su padre; una melancolía habitual velaba sus facciones correctas y hermosas, y cuanto tiempo le dejaban sus estudios le consagraba á su abuelo y á su hermana. Con ellos estaba Cecilia, que dirigía la casa del banquero y servía de institutriz á Eva, y la gran casa de los Barrientos y la quinta de Valenzuela estaban á cargo de los viejos criados, presididos por el capellán, esperando á que, acabado el curso, viniesen *los señores* á la quinta de don Lorenzo.

Gonzalo, seguido de su ayuda de cámara, iba todos los domingos á caballo á la casa de sus padres, religiosamente conservada por todos los que la habitaban: el adolescente se sentía allí señor soberano, dueño absoluto; las sombras de los Barrientos vagaban en aquel salón inmenso que decoraban los retratos de sus nobles ascendientes, Gonzalo, á quien la desgracia y el ejemplo habían al fin traído los sentimientos religiosos, rezaba por el alma de su padre muerto, lloraba y rogaba á Dios que jamás, jamás le pusiera en la precisión de vivir al lado de su madre. El recuerdo de Alicia le era odioso: sabía el siniestro drama que le había dejado huérfano, y su juicio, precozmente

madurado por el infortunio, adivinaba todas las fases de la tragedia.

El domingo por la tarde iba Eva con su abuelo, y se volvían los tres por la noche á Sevilla en el gran landó del anciano. Gonzalo no quería que su hermana perdiese el amor y el recuerdo de la casa paternal, y le explicaba todos los sitios donde su padre había vivido, despertando en el alma de la niña el sentimiento de amor hacia el padre que había perdido y la más tierna veneración á su memoria.

Un día Eva, que ya tenía once años, le dijo:

—No me hablas nunca de mamá...

Gonzalo guardó silencio. Eva, que sentía por su hermano un gran respeto á la vez que un gran cariño, dijo tímidamente:

—¿No te acuerdas nunca de mamá?

—Quisiera no acordarme—repuso Gonzalo;— haz tú lo mismo.

—¿Por qué? Debemos amar á nuestra madre.

—Ella no se acuerda de nosotros.

—¿Quién sabe? Y aunque no se acuerde, nosotros debemos acordarnos de ella.

—Ella es dichosa, es rica, es feliz: no me hables nunca de eso, Eva..., te lo suplico...

Y como la niña le mirase afligida y asombrada, la acercó á él violentamente, la sujetó por un brazo, y le dijo en voz baja y como si temiera oír el eco de sus palabras:

—Ella fué la causa de la muerte de nuestro pa-

dre..., ¿lo oyes?, y ni en tu vida ni en la mía tiene ya sitio ninguno; ¡porque yo no lo quiero!, ¡porque no lo tendrá jamás!

La niña no respondió nada: su débil y esbelto cuerpecito tembló sacudido por una convulsión dolorosa; su palidez de camelia tomó un tinte amarillento, y uniendo las manos, miró á Gonzalo con una angustia profunda. Eva amaba á su madre en recuerdo, como la había amado cuando la veía cada día, tan bonita, tan dulce, tan elegante; no guardaba Eva en su memoria una imagen más halagüeña, más atrayente, más graciosa que la de su joven madre, y algunas veces se decía:

—¡Si viniera mamá ahora que sé bordar y dibujar y tocar algo el piano, me querría y me llevaría con ella á paseos y á visitas!

Las terribles palabras de su hermano fueron como el vendaval que arranca las más hermosas flores. Le pareció que un gran hueco se abría en su alma, y que por él volaba al cielo toda su alegría y todas sus esperanzas de dicha.

Gonzalo pasó el pañuelo por su frente, y en la blanca batista quedaron las pequeñas gotas de helado sudor que habían brotado en ella; miró á su hermana, la trajo de nuevo hacia él, y besando su frente con protectora ternura, rodeó con su brazo ya fuerte y varonil el delgado talle de la niña, y la habló de esta suerte:

—Oye, mi bien, y créeme, porque tu hermano jamás ha mentado: nosotros no tenemos en el mun-

do más que á nuestro abuelo. Nuestra madre no nos ha querido ni nos quiere; por ella no tenemos padre, y además de esto, vive en otro mundo que nosotros, en una esfera en la que jamás consentiré yo que penetres tú. Aunque sólo tengo catorce años, cuenta cada uno por dos, pues la desgracia envejece. Nuestro porvenir está ya todo trazado: viviremos al lado de nuestro abuelo; yo seguiré mis estudios y cuidaré de nuestros bienes, ya desempeñados y libres por la solicitud del venerable anciano dos veces nuestro padre; los inviernos los pasaremos como ahora en Sevilla, donde al acabar la carrera abriré mi bufete de abogado; los veranos los pasaremos en Alcalá. Si Dios llama á nuestro abuelo, viviremos juntos, y tu aya nos servirá de madre; y cuando tengas edad para ello, te casarás con un hombre honrado y crearás un hogar.

—¿Y tú?—dijo la niña, tranquilizada ya por aquel acento dulce y grave, y levantando hacia su hermano sus hermosos ojos.

—Yo no me casaré jamás: tu dicha será la mía, tus hijos los míos. Tengo grandes deberes que llenar; tengo que protegerte; tengo que amarte por los padres que no tienes. Yo cerraré los ojos de nuestro abuelo, del señor cura y de esa venerable viejecita que ha sido la nodriza de nuestro padre y que tanto nos quiere, y el más grande de mis deberes es librar á nuestra casa de la más grande de las menguas...: de la intrusión en ella del asesino

de nuestro padre... Pero no debo yo manchar tus oídos inocentes con la relación de mis funestos pensamientos. Si alguna vez me vieras criminal, Eva, no me juzgues hasta que te hayan contado la trágica historia de nuestra vida: tu amor y tu estimación serán siempre mi solo bien en el mundo; por culpado que me veas, sólo seré justo.

Eva guardó de aquella conversación una impresión profunda: su hermano creció á sus ojos de una manera heroica; una voz interior le decía que Gonzalo debía cumplir algo de grande en la Tierra, y al cariño inmenso que por él sentía se mezcló más que nunca un respeto profundo.

Don Lorenzo iba á todas partes con sus nietos: en los paseos, en los teatros ocupando un palco bajo, y hasta en la iglesia. Eva era un encanto de gracia y hermosura; todas las gracias de la madre se perfeccionaban en la hija, y el abuelo veía en ella á la pequeña Alicia cuando la adoraba creyéndola hija suya.

En cuanto á Gonzalo, su gravedad dulce y melancólica y la extrema hermosura de sus facciones, así como su elegancia, llamaban la atención de todos.

¿Qué era entretanto de la madre de los niños, de aquella mujer que no contaba en la Tierra con otro amor que el que se ocultaba en el alma infantil de su hija? Sola y devorada de inquietudes, se albergaba casi todo el día en el hotel palacio de su amante; pocas horas pasaba en el suyo, situa-

do á corta distancia del que habitaba el Duque, porque le parecía que estando en la suntuosa morada de la que ansiaba ser soberana con vivas ansias, llegaría al deseado objeto antes de lo que la tibieza del Duque parecía prometer. En la tarde en que da comienzo este capítulo, daba sus órdenes á un pintor y dorador para que ultimase los detalles de un precioso gabinete octógono que destinaba para su uso particular. El Duque, con una triste indiferencia, le había dado amplios poderes para mandar cuanto quisiera, para gastar lo que le pareciese necesario; sabía que las obras de aquel palacio, hechas á toda gasto y que importaban algunos miles de duros, no había de pagarlas él; ni la mitad de su coste existía ya en la caja de su banquero. ¿Quién había de pagarlas? No se cuidaba de saberlo: el lazo fatal que le unía á aquella mujer le ahogaba; era ella como la imagen viva de su crimen, y había llegado á odiarla, primero por cansancio y luego por una sensación de horror que había querido dominar sin poder conseguirlo.

«Lazo que el crimen anuda,
el odio le ha de romper»,

ha dicho uno de nuestros más ilustres poetas contemporáneos, y esta terrible verdad jamás se ha visto desmentida: cuando el castigo de los crímenes morales no es material y visible, es inter-

no, silencioso, tremendo: la conciencia, juez terrible é irrecusable, no sabe callar nunca, ni quiere dar un punto de reposo al que una vez ha hollado sus severas é inflexibles leyes.

El Duque no era ni un hombre malo ni un hombre de talento sobresaliente; su juventud borrascosa le había llevado á excesos vulgares, á llevar la vida de todos los jóvenes que carecen de familia y poseen fortuna; en su alma, si no muy elevada, tampoco venal ó pervertida, había una rectitud natural, una aspiración al bien, que le había servido de freno y le había disgustado de sus excesos, apenas cometidos. Sencilla y rutinariamente creía todas las verdades del dogma, y la cualidad de cristiano sincero y humilde la había heredado de su madre, que depositó en su alma esas primeras semillas que fructifican y crecen por sí solas, sin que el hálito de las pasiones pueda secarlas del todo jamás.

Alicia leía con su sagacidad de mundana lo que pasaba en el alma de su amante. Las primeras veces que advirtió esos imperceptibles matices de cansancio que son tan terribles para la mujer que ama, corrió al espejo y se quedó aterrada: su belleza se marchitaba; la seductora expresión de su rostro se volvía dura; sus cejas se habían acentuado; su boca rígida pintaba ya la sequedad de su corazón; la rosa delicada de sus mejillas había desaparecido bajo un tinte bilioso; engrosaba, y en tal forma, que de una noche á otra su talle se

había desfigurado por completo, perdiendo la esbeltez divina de sus formas... Una sensación de horror la sobrecogió. El Duque, cansado y empobrecido por ella, y ella vieja antes de tiempo, afeada cuando las mujeres están en la plenitud de su belleza, le presentaban un porvenir fatídico; pero ¿cuál otro podía buscar? Á lo menos podía ser duquesa, y esto, unido al dinero que había sabido retirar en provecho suyo de las prodigalidades del Duque, moderaba algo los horrores del porvenir; lo esencial, lo indispensable, era que su boda se verificase pronto, lo antes posible.

Vestida con un elegante traje de mañana, recorría con el decorador las habitaciones del hotel que se había destinado á sí misma, y le hacía reparar detalles, ordenándole que no emplease en ellos más de ocho días, cuando se oyó la señal del portero que avisaba la llegada del dueño de la casa.

IX

El Duque entró rápidamente en sus habitaciones particulares. Aunque suponía que Alicia estaba en la casa, nada hizo para verla; entregó á su ayuda de cámara el bastón y el sombrero; se dejó despojar del sobretodo, y se sentó en un sillón, diciendo con voz breve al criado:

—Que sirvan el almuerzo.

—La señora está aquí.

—Que le avisen que se halla servida en cuanto podamos pasar al comedor.

El criado se inclinó; al ir á salir se apartó respetuosamente para dar paso á Alicia, que, terminadas ya sus órdenes al artífice, venía á ver á su futuro: éste, fiel á sus maneras de gran señor, se levantó al verla.

—Buenos días, Fabián—dijo ella amablemente y tomándole la mano.—¿Has dormido bien? ¿Tienes apetito?

—Sí; ya he ordenado que nos sirvan.

—Me alegro: yo almorzaré bien, porque estoy muy contenta; la casa está completamente arreglada, y pasado mañana domingo se leerán en

una nuestras tres amonestaciones; á las veinticuatro horas me llamaré tuya para siempre.

Una nube pasó por la frente del Duque.

—¿Has escrito á tu hijo?

—No; al capellán.

—Eso no basta; ha de ser á Gonzalo.

—¡Pero si es un niño...!

—Es un hombre por su carácter, y casi lo es también por su edad; tiene catorce años.

—Le escribiré—dijo Alicia dando un suspiro, en tanto que se prometía interiormente no hacerlo.

—Y dile—repuso el Duque—que desde la iglesia iremos á buscarle á él y á su hermana para traerlos á Madrid, para que vivan á nuestro lado, del cual no se separarán ya.

—¿Por qué no le escribes tú?

—¡Porque no debo hacerlo!—repuso Fabián airado.—Si no has sabido hasta ahora ser madre, tienes que aprender ya: hoy debías tener suavizadas todas las asperezas terribles que median entre tus hijos y yo. ¿Olvidas que vieron morir á su padre herido por mí? ¿Por qué no les has atraído á tu lado? ¡Ahora lo haces porque el que tus hijos vivan bajo mi techo ha sido el precio que he puesto á mi casamiento! ¡No hay en ti más que ambición y cálculo...; no tienes corazón...!

—¡Para amarte, sí!—dijo Alicia levantándose y apoyándose mimosamente en el respaldo del sillón que ocupaba el Duque; pero éste se levantó

con un movimiento de instintiva repugnancia y se dirigió á la puerta.

—La señora está servida—dijo un criado apareciendo al mismo tiempo.

—Vamos, está bien—murmuró Alicia muy bajo al oído de su futuro;—te complaceré ahora en cuanto almorcemos, de modo que la carta irá por el correo de hoy. Escribe tú al capellán diciéndole cuánto interés te inspiran mis hijos y cuanto deseas hacer en favor suyo. Y quiera Dios que aun así consientan en venir.

—Por su voluntad no vendrían; por eso iremos á buscarlos nosotros.

—Yo no sé por qué tomas esas penas, querido Fabián; ¿no están bien con mi padre? ¿Por qué no dejarlos allí? Ellos han de heredar la inmensa fortuna de su abuelo; porque yo he de vivir tan poco tiempo...

Alicia dijo estas palabras con voz doliente y mirando de reojo á su amante para ver qué efecto le hacían; pero el semblante del Duque retrató sólo un profundo hastío.

—Mi resolución es irrevocable—dijo;—hago el inmenso sacrificio de casarme para satisfacer una deuda de conciencia: los hijos de Barrientos serán mis hijos, y Gonzalo el heredero de mi título y de los restos de mi fortuna, bien locamente dilapidada.

La entrada de los criados en el comedor impidió responder á la futura Duquesa. El almuerzo

fué triste y silencioso, y terminado, Alicia se retiró al gabinete que á sí misma se había destinado, abrió un pequeño buró de palo de rosa, tomó papel timbrado con sus iniciales superadas por una corona ducal, adelanto hecho á su vanidad, y escribió esta carta, impregnada de melosidad tan fingida, que se convertía en insulto mortal:

«Querido Gonzalito: Poco después de esta carta llegaré á tu lado y al de tu hermana, para abrazaros, pasar con vosotros algunos días y traerlos á Madrid conmigo y con vuestro nuevo padre el Duque de Medellín, que os adopta y quiere ser vuestro protector: ya sé que no lo necesitáis y que vuestro tutor y abuelo os ha puesto en posesión de todos los bienes de vuestro padre; pero aunque seas rico, querido mío, el título de Duque no te vendrá mal, y tuyo ha de ser á la muerte de Fabián, según éste me ha dicho hace poco rato.

«Dile á tu hermana la mudanza que va á tener su suerte, porque yo no tengo tiempo de escribirle ahora; dentro de tres ó cuatro años será una de las estrellas de los salones, porque es muy bonita, y se casará de una manera brillante: ¿verdad, hijo mío, que esto te alegra?; porque en este mundo nada vale como las riquezas y la alta posición. Gracias á vuestra madre habréis alcanzado dentro de pocos días uno de los más encumbrados sitios de las grandezas humanas.

«Adiós, hijo querido; tengo mucho que hacer.

Prepárate á vivir en un espléndido palacio, no como ese caserón, sino con todos los primores de los modernos, y hasta muy pronto que te verá tu madre

ALICIA.»

Esta carta, que no contenía un átomo de ternura, fué entregada al Duque, que ni siquiera pasó por ella la vista: cerróla, púsola sobre y señas, y entregó á Alicia otra carta abierta que ella tuvo buen cuidado de leer, y que decía así:

«Sr. D. Pablo Ruiz, presbítero.

«Estimado señor, de toda mi consideración y respeto: Viendo la resistencia que los hijos de don Tomás Barrientos oponen á vivir en Madrid al lado de su madre, y considerándome yo hasta cierto punto responsable de su suerte, he decidido casarme con la señora viuda de Barrientos, para de este modo tener autoridad sobre esos menores, pudiendo cuidar de su porvenir, que me interesa mucho. Crea usted, mi estimado señor, que hago por esos niños un inmenso sacrificio, y que sólo quiero tener autoridad sobre ellos para darles una elevada posición social; pero mi conciencia me lo ordena, y su voz no puede ser desoída por mí: es posible, señor capellán, que así que deje instalados á los niños como corresponde á mis hijos, salga para un largo viaje que durará mucho tiempo; porque el corazón humano tiene miste-

rios incomprensibles, y todo lo que he odiado, que era el nombre de Barrientos, es hace ya tiempo lo único que amo y venero: sin duda Amparo ha logrado en el cielo que los sentimientos de venganza que alimenté por su pérdida contra el hombre que la hizo suya, se hayan convertido en un respeto tierno á su memoria.

«Apenas terminada la ceremonia nupcial, saldremos, mi estimado señor, para ésa: ni esta carta, ni la adjunta de Alicia para su hijo, saldrán hasta que salgamos nosotros, y poco rato después de que se reciban llegaremos á buscar á los niños. Por más que me sea doloroso, pasaremos ocho días en la casa de Barrientos para enterarme yo de los asuntos de la misma y del estado de las rentas; los niños tendrán que gastar de ellas, porque las mías se han disminuído mucho; pero usted, mi estimado señor, será siempre el administrador de los huérfanos, á cuyo caudal soy incapaz de tocar en lo más mínimo.

«Ruego á usted prevenga á don Lorenzo Valenzuela del cambio de suerte de su hija. Ignoro si ésta le escribirá; yo lo haría, pero ya sabe usted que sucesos deplorables han alterado la buena armonía que reinaba entre nosotros.

«Me despido de usted, mi querido señor, con verdaderos sentimientos de veneración y afecto, y me ofrezco de nuevo su amigo y seguro servidor

EL DUQUE DE MEDELLÍN.»

Fabián salió, llevándose las dos cartas para guardarlas y ponerlas en el correo el día que tenía determinado. Á las sentidas observaciones de Alicia no contestó una sola palabra: ésta le quiso hacer notar que hablaba de ella con desconsideración.

—¡Ah!; ¿para qué me has enseñado la carta que has escrito al capellán?—exclamó, llevando á los ojos un precioso pañuelo de batista para enjugar una lágrima ausente.—Ya no me amas, Fabián, y por mi parte desearía poder renunciar á ti; pero en mí la pasión ha crecido, y no puedo renunciar á mis más hermosos sueños...

—No cuentes entre ellos el abrir tu salón á esa colección de necios que te rodea hoy, ni á esas mujeres que se llaman tus amigas.

—¿He de vivir sola, acaso?

—Con tus hijos y con su institutriz.

—¡Pues voy á pasar la vida divertida!—gimió Alicia.—Yo siempre he vivido entre gentes.

—Entre gentes que ahora no puedes tratar: tu situación modesta cuando tu primer enlace, y muy equívoca después de viuda, eran distintas de la que vas á tener ahora. Si sabes agradecer el rango que te doy, tendrás cuidado de vivir en un retiro relativo y adquirirás relaciones nuevas y honorosas. Pero di adiós á toda coquetería y á esas ridículas pretensiones de encantos infantiles que ya no te sientan bien: no vivas para mí; yo no lo necesito, ni te exijo otra cosa sino que respetes mi

nombre, lo cual harás de grado ó por fuerza. Vive para tus hijos, y conquista, ya que no su cariño, á lo menos su perdón.

Después de este discurso severo y helado, el Duque salió de la habitación. Alicia le siguió con una mirada de cólera: á su rostro de ángel enfermo se asomaron en tropel la pasión de la cólera, el egoísmo, el despecho del amor propio herido, el deseo de venganza y todos los malos sentimientos que azotan el alma humana.

—¡Ahl!—se dijo;—¡no me amas ya! ¡Yo tampoco! ¡Has envejecido, te has vuelto feo, tétrico, insoportable! ¡Pero vas á sujetar mi cabellera que ya me abandona, con una corona de Duquesa, y eso vale mucho: después de conseguida veremos quién es el dueño de la situación!

Volvió á su cuarto, tomó un plieguecito de papel de cartas sin timbre, y con su clara y correcta letra inglesa trazó las siguientes líneas:

«Mi siempre querido é inolvidable papá: Terminado mi luto de viuda, con un año de sobra, voy á casarme de nuevo. Sí, papá: el lazo que ha unido mi alma á la de Fabián, hay que hacerlo entrar en las vías legales, y dentro de algunos días, tu hija, que te ama siempre, aunque tú no la quieras, será la Duquesa de Medellín, es decir, una de las más grandes damas de la aristocracia española. No siempre la virtud lleva á la dicha, y yo, que he caído en algunos errores de los que

me arrepiento y que deseo reparar, he llegado por ellos á la cima de la fortuna.

«Tú me perdonarás, cuando sea Duquesa, todo aquello de que ahora me acusas: yo deseo tu perdón y tu cariño como el complemento de la felicidad que me espera. Ya he prevenido á Gonzalo de que, así que se verifique mi casamiento, irá con mi marido á pasar unos días en mi casa de Alcalá, y luego llevaré á mis hijos á Madrid para que vivan á mi lado: tal es el deseo expreso del Duque; es tan bueno, que desea procurar á los dos una educación completa, que quiere vigilar en Madrid los estudios de Gonzalo; piensa dejarle su título, y desea que Eva haga un matrimonio brillante. Procura, mi buen papá, suavizar las asperezas de mi hijo, y persuádele de lo que le conviene ser prudente y halagar á su nuevo padre. Puede vivir algunas temporadas contigo, y los inviernos en Madrid. De Eva nada te digo: tiene con su hermano la semejanza de una paloma con un oso; poco que hacer me ha de dar además trayendo consigo á su institutriz, que la cuidará, y que si sigue siendo lo que era, es persona que honra con sus servicios hasta la casa de un grande de España con título de Duque.

«Que estén preparados para venir con nosotros á Madrid, y tu depón tus rigores y ven para que te abrace tu hija, que siempre te ha querido con el alma,

ALICIA VALENZUELA.»

X

En los primeros días del florido mes de Junio, don Lorenzo Valenzuela dispuso trasladarse con sus nietos, Cecilia y su servidumbre á su quinta campestre, distante corto trayecto de la casa de Barrientos. Debían permanecer en la casa de campo hasta principios de Septiembre, en cuya época quería llevar á París á sus nietos y pasar allí con ellos dos ó tres meses. Cecilia debía acompañarlos en este viaje, y Francisco—á cuyas órdenes irían dos criados—y una doncella debían también formar parte de la comitiva. El proyecto del banquero era tomar en el Gran Hotel algunas habitaciones en un mismo piso é instalarse en ellas con sus nietos y Cecilia. Ésta había llegado á ser indispensable á todos: su dulzura é igualdad de carácter, su bondad inteligente, la modestia de sus gustos, su interés filial por el anciano Valenzuela, maternal para sus nietos, le daban indiscutible sitio en aquella familia, llenando el lugar que de derecho correspondía á la que no había querido ocuparle.

El banquero tuvo un día una conferencia con Gonzalo, como pudiera haberla tenido con un

hombre: el grave y melancólico adolescente era capaz de entenderle y de dar su parecer en los asuntos más arduos. Entró en la habitación de su abuelo, dócil á sus órdenes, y sentándose enfrente de él, esperó á que el anciano le interrogase.

—Hijo mío—dijo éste tomando la mano de Gonzalo,—yo hace ya tiempo que no trabajo en la alta banca; he pensado varias veces en cerrar mi casa, pero confieso que me causa pena: ¿quieres tú continuar la razón social de una casa que de padres á hijos ha tenido y tiene un nombre respetable y respetado? Háblame con toda franqueza: los empleados son antiguos é inmejorables; las operaciones marcharán solas como ahora, y tú puedes terminar tu carrera, poniéndote después al frente con la razón social *Valenzuela y Barrientos*: son dos nombres intachables, y será para mí la gloria de mis últimos días el que el nombre de tu noble padre vaya unido al mío.

Gonzalo, por toda respuesta, rodeó con sus brazos el cuello de don Lorenzo, y abrazándole apasionadamente, apoyó la cabeza en su hombro y lloró durante algunos instantes: aquel homenaje á la memoria de su padre era la más grande alegría que podía sentir, él que adoraba aquella memoria.

—Si no quieres dedicarte al comercio, si hasta la firma de esta importante casa ha de fatigarte, hijo mío, dímelo con toda sinceridad, porque en ese caso la razón social de Lorenzo Valenzuela

desaparecerá, y los negocios los asumiré otra casa importante. Debo decirte, sin embargo, que quisiera que el nombre de tu padre hallase un sitio honroso en la alta banca, y que me dolerá mucho el no poderle dar el lugar que yo deseo hasta que puedas conquistarlo tú.

—Yo quiero todo lo que tú quieras, abuelo—dijo el joven con voz profundamente conmovida; —yo soy tuyo, enteramente tuyo, como mi hermana; tú eres el solo amor y la sola protección que tenemos sobre la tierra: manda y obedeceremos.

—Es que yo no quiero una obediencia pasiva, hijo mío. Consulta tus aspiraciones; toma tiempo para reflexionar.

—No lo necesito, porque mi sola aspiración clara para mí, es el amarte y complacerte; no puedo negar que hay en mi alma agitaciones confusas y contradictorias que tienen algo de terribles: siento fermentar en mi alma un odio inextinguible contra el matador de mi padre y contra la desgraciada que me ha llevado en su seno, porque ha deshonrado el nombre que llevamos mi hermana y yo, y á la vez siento por ella una profunda piedad por verla privada de la más grande de las dichas: de la paz de la conciencia y de la estimación de sí misma; y muchas veces, abuelo mío, siento por irme á otras regiones más puras que las que conozco un ansia tal, que á no ser tan verdadero cristiano como me ha hecho don

Pablo, ya me hubiera refugiado en los brazos de la muerte para que me llevase con mi padre.

—¿Y qué sería de mí entonces?—exclamó Valenzuela, abrazando al adolescente con un ademán lleno de terror.—Vive, hijo mío; vive para tu hermana, vive para mí, vive también para tu madre, que algún día se verá abandonada de todos y te llamará; entonces, perdona como cristiano y protégela como hijo.

Gonzalo Barrientos no respondió á estas palabras, en las que iba envuelto un rayo de la inextinguible ternura paternal: un padre perdona siempre; un hijo, no. Valenzuela, aun en medio de sus rigores para Alicia, no olvidaba que ésta podía ser hija suya.

—Eres muy desgraciado, hijo mío—prosiguió el anciano, mirando con tristeza á su nieto.—Deja esa honda melancolía, tan impropia de tu edad. Ahora, en París, tu espíritu entristecido se dilatará. Aplícate al estudio cuando volvamos; aficionate algún tanto á las diversiones, porque no todo ha de ser trabajar en la vida, y al fin, con un dichoso equilibrio, serás del todo feliz.

—¡Feliz!—repuso con amargura Gonzalo.—¡Imposible es que lo pueda ser en la tierra; toda mi dicha se halla en el cielo...! La primera impresión que he recibido en mi vida, ha sido la de las relaciones criminales de mi madre, que para encontrar á su amante salía con nosotros al campo. Mi infancia ha sido profanada por el hálito del

adulterio; á los nueve años ya estaba mi alma inocente dolorida de una manera incurable por el abandono y la soledad en que á mi hermana y á mí se nos dejaba; yo he padecido hambre; he ido desnudo, descalzo, hambriento, siendo hijo del rico y noble don Tomás Barrientos; ¡he comido el pan de la limosna, y he visto pasar á mi inocente hermana todos estos martirios! Abuelo, el que desde la cuna ha sufrido esas penas, ya es imposible que pueda conocer la felicidad; mi alma no conoce la esperanza, y está únicamente ocupada por dos pensamientos: el de vengar la muerte de mi padre, y el de salir después de este mundo lo antes posible.

—¡El asesinato!; ¡el suicidio!—exclamó con terror el anciano.—¿Quieres que me vuelva loco otra vez, Gonzalo? No me hables así, porque mi razón está aún vacilante y se apagará.

Gonzalo tomó la mano de su abuelo y la guardó entre las suyas, después de besarla con cariño y respeto; y tras un instante de silencio dijo con voz que trató de hacer entera y reposada:

—Mi querido abuelo, mi tierno padre, hoy que he perdido el que tenía, no temas nunca que manche tus venerables canas con un suicidio, con ese crimen cobarde que proclama la indiferencia con que miramos á todos los que nos aman: no; después de cumplir con mi deber, pediré á Dios con tal fervor la muerte, que me la concederá.

—Dios no escucha á los que se vengan: perdona, para que seas perdonado.

—No puedo: el seductor de mi madre, el asesino de mi padre, existe porque yo soy aún un niño.

—El Duque no fué un asesino: se batieron en duelo, y él podía haber quedado muerto también en aquel funesto lance.

—Pero vive, y en duelo le provocaré yo, y en duelo le mataré... Pero dejemos esto, padre mío, y guarda sólo la convicción profunda de que tus nietos no te darán nunca voluntariamente una hora de dolor, ni harán más que honrar tu nombre y adorar tu vejez; respondo de mi hermana como de mí: es un ángel, y todos sus sentimientos son nobles y levantados; cree en nosotros, y deja á las tempestades de mi alma que se seren cuando Dios quiera.

—¿De modo que quedamos en poner á la casa la razón social Valenzuela y Barrientos?

—Como tú quieras.

—¿Vas contento á París?

—Todo lo contento que yo puedo estar. Eva es la que está loca de alegría.

—Has de encargarle que lleve una lista de todo lo que quiera comprar, y haz tú otra.

—Yo sólo deseo libros.

—Tendrás las mejores obras de Derecho y de Religión; pero me has de prometer alegrarte, para luego estudiar de buena gana.

Algunos días después Valenzuela preguntó al buen capellán si quería ir á París.

—¡Á mis años!; ¡si ya he cumplido ochental

—No tengo yo muchos menos.

—Cerca de veinte; y además, señor don Lorenzo, usted ya conoce aquello por haber vivido allí.

—Y usted lo conocerá ahora. Piensa usted que se fatigará en andar, y saldremos siempre en coche. Vamos, don Pablo, no se muera usted sin haber visto tanta belleza pudiendo admirarla.

—¿Y quién cuidará de esta casa?

—Un mayordomo, que ya lo seguirá siendo siempre, y las dos criadas. En la casa hay ya bienes de bastante importancia para que dé más trabajo del que á sus años de usted puede llevar; así, le doy desde hoy la jubilación con un sueldo de cuatro mil pesetas anuales, y sin otro que hacer que cuidarse, pasear y encomendarnos á Dios.

—¡Ah, señor don Lorenzo, qué bueno es usted! Iré, iré á París, donde, según he leído, hay tantas cosas buenas, que á mí me parecerán mejores viéndolas en compañía de ustedes.

Lo mismo en la quinta de Valenzuela que en la casa de Barrientos, la preocupación del momento era el viaje á París. Pocos días antes del señalado para emprenderlo, Eva y Cecilia estaban en su habitación arreglando un cofre dividido en varios departamentos para colocar cómodamente la ropa del abuelo, que sentado en una butaca leía un periódico.

—¿Ha estado usted ya en París, señorita?—
preguntó Eva á su institutriz.

—Sí, hija mía; hace seis años.

—¿Y vivió allí mucho tiempo?

—Cinco meses.

—¿Y le gusta á usted?

—Mucho, para poco tiempo.

—Y eso ¿en qué consiste?

—En que siento la nostalgia de la patria: sólo puedo pasar contenta dos meses fuera de Madrid.

—¿Ha viajado usted mucho?

—He visitado á Francia, Inglaterra, Italia y España, y nada he encontrado como nuestra patria.

—¿Y con quién ha viajado usted?—preguntó Eva, que era curiosa.

—Con una familia en la que había dos señoritas á las que yo educaba.

—¿Muy niñas?

—No, señorita; ya habían tenido antes otra institutriz que debía ser muy buena.

—¿Por qué?

—Porque las niñas lo eran también: las niñas son lo que quieren que sean las personas que están en derredor suyo. Aquellas señoritas no tenían madre, y yo procuré que mi cariño pudiera reemplazar en algo tan gran vacío.

—¿No tenían madre?

—La habían perdido siendo muy niñas.

—Pues yo no he perdido á la mía, pero como si no la tuviera—dijo Eva con un suspiro.

—¡Oh, no! No es lo mismo—repuso Cecilia;—sólo el decir *tengo madre*, es una dicha inmensa.

—¿Tiene usted madre, señorita?

—Felizmente, sí, querida Eva.

—¿Y la quiere á usted?

—¿Qué madre no quiere á su hija?

—La mía—repuso Eva prontamente; y bajando la voz, dominada por un doloroso pudor, añadió:

—Mire usted, nunca ha querido terneros á su lado...

—Habrà para ello sus razones, que es preciso respetar; ya llegará un día en que estará usted con ella...

—¡Oh, mucho lo deseo! ¡Mamá es tan bonita y tan elegantel

—Sí que lo es; pocas bellezas he visto comparables á la suya; es encantadora su señora madre.

—¿Verdad que sí? ¿Y de qué la conoce usted?

—La conocí en Madrid, porque era muy amiga de la señora Baronesa.

—¿Y usted no ha tenido niños, Cecilia?

—No, hija mía: no me he casado.

—Ya se casará y tendrá hijas, á las que querrá mucho.

—No me casaré ya.

—Entonces, se quedará usted siempre con nosotros, que la queremos mucho.

—Eva, ¿quieres venir conmigo á ver al Barón?—dijo Valenzuela levantándose.—Elvira ha

enviado á decir que está bastante malo: llama á tu hermano y vámonos.

—Y yo—dijo Cecilia—voy al cortijo á buscar alguna ropa de Eva para ponerla en su baúl: quisiera dejar hoy arreglado todo.

El abuelo, los nietos y la institutriz salieron á la vez. Cecilia tomó un caminito sombreado de árboles que llevaba al cortijo-palacio de Barrientos, y don Lorenzo, Gonzalo y Eva se dirigieron á casa del Barón.

Al llegar les sorprendió el gran silencio que reinaba. Un viejo criado, confidente de las aventuras juveniles del Barón, les abrió la puerta, enjugándose los ojos con un pañuelo de hierbas.

—¿Cómo está el señor?—preguntó don Lorenzo.

—Muy mal, muy mal, señor don Lorenzo—contestó con voz trémula el viejo servidor;—ahora van á avisar al señor capellán de ustedes, que es el que está más cerca, para que le traiga el Viático: la confesión no le llega ya, porque no habla.

Don Lorenzo subió lentamente la escalera, seguido de sus nietos, y llegaron á una gran pieza, que era la que ocupaba el antiguo libertino. Se hallaba el viejo tendido boca arriba en el lecho, donde hacía tan poco peso y bulto como una momia; en su semblante, parecido al del hidalgo de la Mancha, había ya estampado la muerte su terrible sello; apoyaba sobre el pecho una de sus

flacas manos, y la otra pendía fuera del lecho con el abandono de la muerte: de esta mano se había apoderado su hija mayor, que, de rodillas, ora rezaba en voz alta y ahogada por las lágrimas, ora besaba aquella mano. Isabel, anonadada por la pena, se hallaba apoyada en la pared, sin tener ni el valor de sentarse. Nadie había allí de fuera, y el dolor de las pobres hijas no tenía ni compañía ni consuelo.

Valenzuela se volvió á Gonzalo y le dijo:

—Hijo mío, llévate á Eva á casa: este espectáculo no es para ella. Yo me quedo aquí...

—¿Volveré yo?—preguntó el niño.

—Haz lo que quieras.

—Pues en dejando á Eva en casa, vuelvo, por si sirvo para algo; á lo menos estaré á tu lado.

—Vé á decir á don Pablo que se apresure: el pobre Barón está muy malo...

Gonzalo tomó á su hermana de la mano, y ésta le siguió dócilmente. Al pasar por su casa entraron para encargarse al capellán la mayor premura. Gonzalo, deseando dejar á Eva al lado de Cecilia para volverse al de su abuelo, tomó en seguida el camino de la quinta, cuando la voz de Catalina, su nodriza, le hizo detener.

—Gonzalo, aquí hay una carta para ti...

El adolescente se detuvo: su corazón palpitó de un modo que parecía quererle ahogar; tomó la carta que le alargaba Catalina, y le dijo:

—Llévate á Eva á casa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Á la nuestra?

—Sí: ahora voy yo.

Apoyóse, cuando se vió solo, en uno de los corpulentos olmos del paseo que separaba las dos posesiones, y abrió la carta, buscando en seguida la firma. Después que la hubo encontrado, una densa palidez cubrió su rostro; en fin, alzando al cielo los ojos, hizo un esfuerzo supremo y empezó á leer su contenido.

La terminaba apenas, cuando vió pasar á Francisco con otra carta en la mano.

—Voy—dijo, enseñándola á Gonzalo—á llevársela al señor: acaba de llegar.

—Diga usted á mi abuelo que venga al instante—dijo Gonzalo con voz sorda; y pensando en que la muerte se hallaba en casa de Lartiga, añadió:

—No: dígame usted que venga lo antes posible.

Dejóse caer al pie del álamo y reclinó en el tronco su dolorida cabeza. Don Pablo, llevando la sagrada forma, revestido con sobrepelliz y estola, y seguido de un muchacho que tocaba la campanilla, pasó cerca de él; tres ó cuatro labradores que no estaban en los campos, le seguían con hachas encendidas y con la cabeza descubierta. Gonzalo fijó en el sacerdote, que llevaba el copón en la mano, una mirada profunda: mil pensamientos rodaban en su cerebro; pero el hijo, el que sobrenadaba, era éste:

—El asesino de tu padre va á entrar en la casa que era suya, como dueño y señor.

Anonadado por una angustia mortal, permaneció allí largo rato. El ruido aún lejano de un carruaje resonó violentamente en el caos de su cerebro; levantóse y echó á correr hacia su casa: su idea fija era cerrar la puerta al matador y á su esposa.

Sin detenerse subió á su cuarto, buscó en el cajón de una cómoda, y de debajo de la ropa sacó un revólver inglés, el mismo que humeante aún después de haber dado muerte á su padre yacía á los pies del Duque. El carruaje paró á la puerta, y Gonzalo descendió con la rapidez del rayo.

Vió bajar á su madre sonriente, elegantísima, con su vestido de camino, y al Duque que le daba la mano; al ir á pasar el umbral de la casa de Barrientos, se hallaron de frente con su hijo, que con el brazo derecho caído, ocultaba el revólver.

Alicia, al verle, palideció.

—¡Atrás, señora...—dijo Gonzalo;—usted no puede entrar aquí!

—Vamos, Gonzalo—dijo suavemente el Duque;—aparta y déjanos entrar: ya hablaremos arriba.

—¡Atrás, asesino!—repitió Gonzalo.—¡Mientras yo respire, no profanará tu presencia la casa de mi padre...!

Y alzando la pistola, disparó á quemarropa.

El Duque cayó de espaldas.